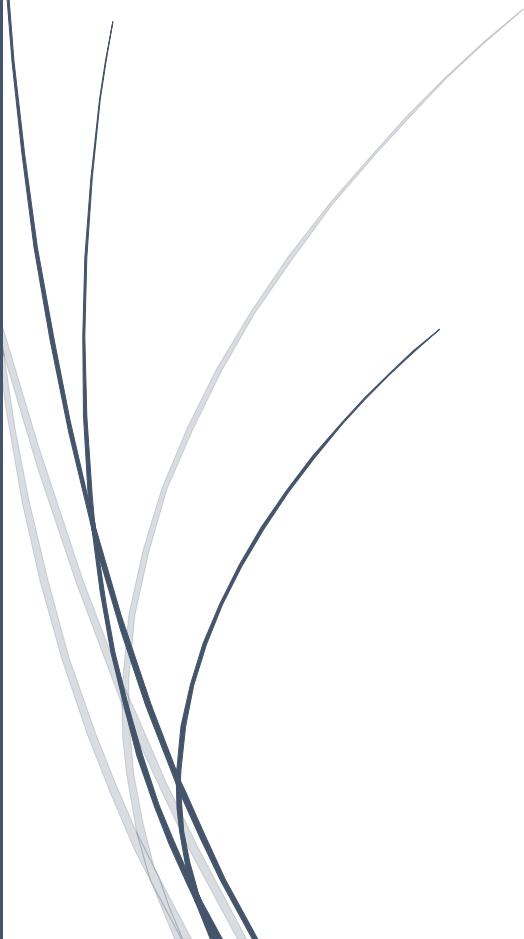


TÍTULO: Lo comido por lo servido
SEUDÓNIMO: Perezoso
CATEGORÍA: Relatos flamencos



Lo comido por lo servido

Dedicado al cantaor
Manuel Márquez “el zapatero”

Diego

Mi hijo Diego pudo ser el gran cantaor que yo no fui; la inmensa mayoría de los cantaores no somos más que meros especialistas en un tipo concreto de cantes: unos en los de Triana, otros en los de Jerez o Cádiz, y otros en los fandangos de Huelva o en los cantes de levante. Todos cantamos por soleá y seguiriyas; no tenemos más remedio porque nos los piden, pero de ahí a que los hagamos bien... La mayoría vivimos de cantar para el baile, pero muy pocos podemos ofrecer un recital completo del que la gente salga satisfecha; se necesitan muchas cualidades y te puede faltar una de ellas, pero no varias. Suele pasar que, con el tiempo y la vejez, uno va tomando solera y nos consideran más interesantes, pero lo que es llegar a ser un cantaor por derecho con veinticinco o treinta años, es muy difícil. Mi hijo Diego pudo haberlo sido de no haber tenido esa debilidad por los vicios y los paraísos artificiales. Con doce años interpretaba todos mis cantes con mejor afinación que yo: se “tiraba” por fandangos, soleares y malagueñas, y los palos festeros se los “bebía”. También bailaba con gracia en las fiestas y sabía acompañarse con la guitarra, cualidad muy valiosa para los cantaores porque les permitía estar siempre ensayando. En el año setenta y dos conseguí que lo contrataran en el tablao “Los Lateros”, el mismo en el que yo comencé mi carrera. Al año siguiente, ya se lo rifaban en las fiestas privadas y comenzó a ser contratado para dar recitales en solitario. Nos aconsejaron que fuéramos a hablar con Pereñíguez, un agente comercial con mucha mano en Barcelona. Los contratos le llovían; cuando no bajaba para Málaga o Sevilla, tomaba el tren para Barcelona o París. De vez en cuando hacíamos cuentas, y entre lo que él ganaba más lo que ganábamos mi esposa y yo, teníamos para pagar la hipoteca del piso, la letra del coche y un mes de vacaciones en Torremolinos. Lo comido por lo servido, solía pensar, y nos bebíamos una botella de champán francés para celebrarlo.

El momento del flamenco en Madrid era tremendo: los turistas colmaban las salas de fiesta y teníamos muchas ganas de abrírnos al mundo puesto que la dictadura había llegado a su fin. Mi hijo Diego llegaba todos los días a casa por la mañana y empecé a verlo un poco descontrolado. Ganaba mucho dinero, pero ya decían las malas lenguas que también lo tiraba. Yo, que de joven había conocido este tipo de vida, le aconsejaba y se la permitía al mismo tiempo, pero Anselma comenzó a sufrir más de lo esperado: «hay que ver los ojitos que me trae», decía. Yo estaba acostumbrado a todo, o por lo menos, eso creía. Mis amigos de Jerez acabaron alcoholizados: las fiestas se alargaban hasta por la mañana y se sucedían de lunes a domingo, el whisky corría a raudales en las casas de los señoritos y uno, con dos copas de más, se creía que todo el campo era suyo. En el reservado del tablao había observado a los turistas fumando grifa; alguna que otra vez, me la habían ofrecido. En una fiesta de La Moraleja, vi un plato con un polvito blanco en el que los señoritos mojaban sus cigarrillos: me dijeron que era bicarbonato. Aun así, Diego estaba en flamenco: cantaba como se suele decir “pa reventar”. Llevaba a los mejores guitarristas de acompañamiento y ponía a la gente en pié cuando se pegaba su patadita por bulerías. Lo peor estaba por llegar cuando comenzó a juntarse con “la gente de Cai”. Eran buenos chicos y mejores artistas, pero frecuentaban todas las noches los guateques para buscar a las chicas más modernas de Madrid. Por aquel tiempo, se comenzó a hablar de drogas duras y era evidente que ellos las tomaban. Mi hijo Diego adelgazó quince kilos de golpe que jamás recuperó, y todos fuimos testigos de cómo esa forma de vida acabó con su carrera y lo catapultó a los infiernos.

Yo

Nací en un pueblito del Aljarafe sevillano a finales del año treinta. Las perspectivas de criarse en la posguerra viniendo de una familia humilde eran malas, pero en los pueblos nos defendíamos un poco mejor. Salíamos al campo a buscar tagarninas, collejas, caracoles, o a poner el lazo; si la pareja te daba el alto con una liebre o un conejo en el zurrón, la paliza que te daban en el cuartelillo te quitaba el

hambre para una semana. Mi padre me enseñó a sembrar patatas y fue precisamente en el campo donde comencé a escuchar a Vallejo y a Manuel Torre en el gramófono que un vecino de finca ponía a toda voz. Me sentaba a solas en la vía del tren y desde allí los escuchaba e imitaba. Como me gustaba el oficio, entré de aprendiz en una carpintería, pero los empleados me metieron en un ataúd y cerraron la tapa; mis aspiraciones madereras se acabaron con este episodio. En el servicio militar me colocaron de zapatero en el almacén y aprendí la profesión por la que con el tiempo se me conocería. Cuando me licencié, abrí una zapatería en la calle Pureza y en ella conocí a todos los cantaores de Triana que fueron mi fuente de inspiración. Como allí nunca me faltaba una damajuana llena de buen mosto de mi tierra, y el vino es a los flamencos lo que el alpiste a los pájaros, todos los cantaores del barrio pasaban por la zapatería, sobre todo Manuel Oliver, Antonio “el arenero” y “el sordillo” de Triana. Con el tiempo y no sin trabajo, aprendí de estos maestros a respirar cantando, a aliviarme cuando fuera necesario y a imprimir fuelle en cada tercio. Era la Sevilla de Queipo de Llano; la de los besamanos a los curas y los pobres pasando el pañuelo para recolectar unas monedas con las que quitarse el hambre o comprar medicinas. En los mentideros flamencos se hablaba de que en Madrid se podía trabajar; aquí nos teníamos que conformar con cantar en los bautizos y, muy de vez en cuando, en fiestas organizadas por señoritos para agasajar a gente llegada de fuera.

Con un manojito de cantes de Triana en la maleta, me presenté en Madrid a principios del año cincuenta y cinco porque le habían hablado de mí a un empresario de varietés que tenía influencias en los tablaos de la capital. Cuando salí de la estación de Atocha me llamaron la atención dos cosas: el frío seco que hacía y lo guapas que eran las chicas. Llegué en tranvía a una pensión aladaña a la plaza de Callao que un amigo me aconsejó porque comía bien por poco dinero. Leonor, la dueña, me aceptó por una semana a cambio de un billete de cien pesetas que me saqué del calcetín, pues estaba advertido de que había mucha picaresca en la capital. Me ofreció una habitación de interior tras pedirme que no fumara porque carecía de ventilación. Me puso de cenar por un duro y me acosté con la ilusión de que al día siguiente, iría a los tablaos a buscar trabajo con la recomendación de este señor.

Por la mañana me aisé en el lavabo de la habitación y me puse la ropa de los domingos a pesar de que era viernes. En el pasillo, se encontraba arrodillada limpiando el suelo una chica con un mandil que se presentó como la hija de la dueña y me preguntó qué tal había dormido. Me recordó que el desayuno estaba incluido y que también podría almorzar, estando muy generosa en sus explicaciones. Le contesté que me esperasen para la cena.

Tras pasar por dos antros de medio pelo que servían de refugio discreto a militares y señoritos con pretensiones lascivas, me dirigí a Los Gabrieles a sabiendas de que tenían la plantilla completa. El gerente se encontraba en el bar y me recomendó un establecimiento que habían abierto unos gitanos de Almería que ofrecía los fines de semana espectáculos de flamenco. Como ellos hacían vida en el local, los encontré almorzando y me sentaron a su mesa. A los postres, sacaron la sonanta y me probaron por soleares y tangos. Me ofrecieron poco dinero al principio, pero comencé a trabajar esa misma noche.

Anselma

El corazón me daba un vuelco cada vez que me cruzaba con ella en el recibidor, en el pasillo o en el comedor, y siempre me decía algo bonito que me alegraba la vida: «a mí también me gusta el flamenco», «qué bien hueles», «vas hecho un auténtico señor»... Le pregunté un día si tenía novio y no me dijo ni que sí ni que no; otro día le pregunté que cuándo se iba a venir una tarde a bailar conmigo, y me contestó que para el verano, que no tenía clases de costura. Era morena, espigada y con unos enormes ojos verdes; a mí me parecía bastante lista, aunque creo que se hacía la tonta con todo el mundo. A menudo mostraba una jovialidad no exenta de picardía.

Los Lateros se convirtieron con el tiempo en el mejor tablao de Madrid. Pepón, el mayor de los hijos, era muy bueno en su papel de gerente; además, decoraba el local con un gusto exquisito, ejercía de relaciones públicas porque tenía don de gentes y siempre estaba repartiendo publicidad. Al año de comenzar a trabajar

con ellos me hicieron un contrato fijo. Como actuaba de miércoles a domingo, comencé a disfrutar de una posición más holgada.

Todas las noches llegaba muy tarde a la pensión, pero la puerta de la calle siempre estaba encajada. Abría el cierre de hierro forjado con una llave que Leonor me dejaba en el zaguán, escondida encima del buzón. Siempre recordaré la noche que no encontré la llave en su sitio y apareció Anselma en camisón antes de llamar. Me pidió un cigarrillo y me dijo que no podía dormir porque era la madrugada en la que la primavera llega y los gatos maúllan imitando los llantos de los bebés. Fumamos charlando en voz baja, con la complicidad de los que hacen algo prohibido. Se me ocurrió que sería ahora o no sería nunca, así que la besé; ella respondió al principio con cautela, después con intensidad. Le dije que la quería con locura y le pregunté si quería ser mi novia, que jamás se arrepentiría; ella me contestó que su madre no quería que alternase con los clientes.

—Pues hablo con tu madre —le dije—, y si no consiente, me voy de la pensión, alquilo un piso, vuelvo y te lo pido otra vez.

Mi hijo Diego

Terminó desmoronándose, no podía ser de otra manera. El chico que llegaba a casa por la mañana temprano, cansado pero alegre, con los bolsillos llenos de billetes y que nunca se acostaba sin antes darle un beso a su madre, se convirtió en un hombre desganado y triste que alternaba algunos momentos de euforia con otros de nerviosismo y ansiedad. Comenzó a deber dinero a todo el mundo y a fallar en los contratos; Pereñíguez, su agente comercial, le dijo un día que no podía seguir trabajando con él. Pepón Reyes, el dueño de Los Lateros, encontró a su hijo pinchándose en los lavabos y lo puso de patitas en la calle, así que aprovechó para despedirlo también porque sabía que él hacía lo mismo. Se levantaba tarde y llegaba a casa temprano, se encerraba en su habitación y casi no comía. Se dejó el pelo largo al estilo gitano y cada vez estaba más sucio y desnutrido. En la pensión de mi suegra, alguien me dijo que había un camello en cada esquina de Madrid. De nada servían

nuestras súplicas para que nos permitiera ayudarlo, aunque en aquellos tiempos nadie sabía cómo. Tenía que darle casi la mitad de lo que yo ganaba porque, según me habían aconsejado, así evitaría que robara o hiciera algo peor. Ahora, hacíamos cuentas y veíamos que “la sogá no llegaba al agua”.

Pasó una época en la que nos pareció que se encontraba mejor: se le veía más tranquilo, engordó un poco y Anselma dejó de encontrar jeringuillas por los cajones. Llegó a decirnos que lo había dejado y nosotros le creímos, pero la policía le detuvo en la calle Hortaleza con catorce papelinás de heroína. Le acusó de tráfico de estupefacientes y de un delito contra la salud pública. Fue encarcelado, pagamos la fianza, terminó siendo condenado en el juicio y evitó volver a la cárcel por ser la primera vez. La cosa quedó en un susto, pero en los tablaos se corrió la voz y la salud mental de mi esposa comenzó a resentirse.

Mi suegra falleció aquel mismo año y mi cuñado tuvo que desprenderse de todo el dinero que había ahorrado para quedarse con la pensión, por lo que Anselma heredó ocho millones de pesetas que sumamos a nuestros ahorros de toda la vida. Yo entré en contacto con unos chicos recién salidos de la Escuela de Turismo que habían abierto un tablao en Triana y me ofrecieron trabajo, así que hicimos cuentas: compramos un piso en Sevilla, alquilamos el de Madrid y nos bajamos «a ver si Dieguito se ponía mejor».

Me puse en manos de un psicólogo experto en adicciones que salía carísimo. Tras las primeras consultas y análisis, me citó para decirme que podía estar contento porque Diego ya no se pinchaba y no había contraído ninguna enfermedad. Le pregunté entonces si se encontraba bien y me contestó que no, que ahora inhalaba la heroína en papel de plata y que hacer eso, era un arma de doble filo. Comenzó a suministrarle metadona, pero ni así era posible alejarlo del ambiente de la droga. Sevilla estaba viviendo su particular despegue económico y en todas partes rugían los motores de las obras de La Exposición Universal, pero mi economía hacía aguas porque Dieguito me tenía “pelao”. Me mantenía con el alquiler de Madrid y cantando en el tablao de Triana, pero Anselma y yo, contábamos ya los años que nos quedaban para la jubilación.

El comisario

—Es usted cantaor ¿no es así?, o por lo menos eso tengo entendido. Me suena su cara, no sé si le habré visto cantar en algún tablao o en algún recital. Yo también era antes muy “aficionao”, pero ya, cuando salgo del trabajo solo quiero papas fritas y cama. No son malos chicos ninguno de los dos, tienen educación y buenos modales; ni por la imaginación se les hubiera pasado que iban a llegar a hacer algo así, pero llega la heroína y vuelve a la gente del revés. Viene usted a preguntarme cómo están y cómo les hemos “pillao”. Se encuentran bien, tienen un par de bofetadas cada uno, lo mínimo en estas circunstancias ya me entiende, pero están bien. Se hallan en los calabozos a la espera de pasar a disposición judicial. Su hijo, con el cuento de que ahora vive en Sevilla no suelta prenda, pero Joselito a la segunda “bofetá” cantaba por soleares —comenzó diciendo.

—Pero tendrán alguna prueba de que él estuvo allí, no bastará con el testimonio de Joselito Reyes para incriminarle —le respondí.

—Precisamente, es a su hijo a quien ha reconocido; en el hospital nos comentó que le sonaba mucho la voz de uno de los dos asaltantes, pero no era capaz de acordarse de quien era. La idea era buena: entraron en La Moraleja a mediodía con una furgoneta robada y disfrazados de pintores. Al vigilante le dijeron con acento sudaca que iban a pintar una habitación en el ciento cuarenta y seis. Llevaban de todo, hasta una escalera manchada de pintura en la vaca. Aparcaron en un lugar poco visible y se escondieron entre la maleza hasta que oscureció; antes, habían lanzado unos trozos de carne impregnados de insecticida por encima de la tapia del chalet de don Antonio Pereñíguez, agente musical, creo que usted lo conoce. Saltaron la verja y entraron en la casa forzando una ventana. Ambos conocían el lugar y sabían que el matrimonio vivía solo, así que los amordazaron antes de que ellos advirtieran el peligro. Ni siquiera portaban armas de fuego, tan solo un tubo de hierro y un cuchillo jamonero. Llevaban pasamontañas y se hacían pasar por sudamericanos.

El comisario, apagó el Ducados en un cenicero de hojalata y se apretó las gafas con un certero toque por encima de la nariz.

—Con cuatro ostias —siguió diciendo—, consiguieron que Antonio les abriera la caja fuerte y que la señora les dijera donde tenía el joyero. En total, casi seis millones de pesetas en metálico y cuarenta mil duros en joyas. No está nada mal para ser el primer golpe que dan dos “pringaos” sin oficio como ellos.

—¿Y cómo llegaron hasta Joselito?

—El caballo buen amigo, el caballo. En el hospital le preguntamos a Pereñíguez con quién se relacionaba y comenzamos las pesquisas. En Los Gabrieles nos enteramos que un hijo de Pepón Reyes estaba tirado en la calle y que tiempo atrás había llevado cantaores a las fiestas de los señoritos de La Moraleja. El agente Paquito Criado, es un profesional que se conoce Madrid como la palma de su mano y en cuatro días nos lo trajo, a pesar de que se ocultó en una chabola del “poblao” de Las Barranquillas de la que solo salía para comprar droga y bocadillos de chorizo. Aún tenía casi todo el dinero y alguna joya de la señora Pereñíguez. A Diego, lo detuvimos ayer en la barriada de Los Pajaritos. Lo subimos a Madrid para hacerles un careo, pero lo niega todo y no dice donde ha escondido el botín. Casi seguro que lo tiene oculto en algún agujero de los que hay por esos “descampaos”; le vendría mejor para la libertad provisional que apareciera todo.

—¿Y ahora? —le pregunté, observando cómo le brillaba la calva.

—Voy a ser sincero con usted: el testimonio de Joselito es absolutamente congruente y todo encaja, pero no tenemos aún pruebas reales contra su hijo. No le vamos a preguntar si ha faltado de casa un par de días porque no nos lo va a decir, pero si usted sabe algo y quiere colaborar, puede que sea mejor para él. Ambos tienen antecedentes penales, pero si su hijo lo niega todo hasta el final y seguimos sin pruebas, será un punto a su favor.

Hacía mucho calor junto al flexo en la oficina. El comisario Paco Sánchez sacó un pañuelo y se secó el sudor del cuello y de la frente.

—En fin, —terminó diciendo— va a estar detenido setenta y dos horas para después pasar a disposición del juez que decidirá qué se hace con él. Dentro de un rato vendrá el abogado de oficio. Joselito va para Carabanchel de seguro. Por cierto, ¿dónde puedo localizarle?

—Le daré el teléfono de la pensión de mi cuñado, allí estaré. ¿Puedo verle?

—El enfermero le ha dado un Transilium: el mono, ¿sabe usted? Imagino que estará un poco amodorrado, pero... pase, pase a verlo si quiere —pulsó un botón y apareció un policía uniformado—. Vaya con el agente Peláez, él le bajará al sótano.

El bolero

Me había pedido diez mil pesetas por la bola, «y porqué es para usted, que me recuerda a mi tío Cayetano». A pesar de que Dieguito me puso al tanto de lo que valía, le pedí que me la desglosara, que yo no entendía de estas cosas:

—Van siete papelinas de heroína, una barra de hachís de talego, dos metadonas de noventa y una de cincuenta. Además, son mil pesetas por la preparación y el lanzamiento, que eso por norma se paga aparte.

Con cinta transparente de embalar, lo fue envolviendo todo alrededor de un tornillo del grosor de un dedo pulgar hasta fabricar una pelota robusta y compacta. En la última vuelta, colocó un papel en el que antes había escrito con un bolígrafo mugriente la palabra “cantarina”; es la contraseña que mi hijo me había dado por teléfono para que el que la recoja, sepa a quien debe entregársela.

—”Yastá” —dijo dándole la última vuelta al papel de celofán—, dentro de diez minutos salen los presos al patio. Si me invita usted a un café en el bar, desde allí podrá verlo todo sin “dar el cante”.

Por el camino, le pregunto si él lanza la bola y me dice que no, que tiene antecedentes, que la bola la tira un niño porque hoy es sábado y no tienen cole. Me comenta que a ellos no les pasa nada porque si los pillan, dicen que un señor que no conocen les ha dado cuarenta duros por lanzarla.

El ambiente de aquel cuchitril no puede ser más heterogéneo: hay camellos trapicheando en la puerta, gitanos en la barra bebiendo café y marroquíes sentados en las maltrechas sillas fumando Winston de semáforo. Observo que entre todos no suman dientes para formar una dentadura completa. El bolero charla un minuto con un caló de pelo grasiento y ambos salen a la puerta. Al momento, se acerca un

gitanito de unos doce años de edad que va montado en una bicicleta a la que han sustituido el manillar por un volante. El niño apoya la bici en un árbol y con paso descuidado, atraviesa el parque y se dirige hacia los altos muros del penal, entreteniéndose de vez en cuando como si estuviera jugando.

El bolero volvió a entrar y me dijo que la pelota ya estaba dentro, que me fuera tranquilo y repitiera con él, que era un tío legal que nunca pierde clientes.

En el bus de vuelta a casa, repasé mi vida desconcertado por lo que había experimentado aquella mañana. Anselma hacía ya dos meses que había fallecido y yo estaba recién jubilado; tenía una pequeña pensión de autónomo y el alquiler del piso de Madrid, con lo que podría vivir sin estrecheces. Una lágrima resbaló por mi mejilla derecha cuando pensé que mi único vínculo familiar, acababa de entrar en la cárcel para muchos años. Me acordé de mi zapatería y de las reuniones de cantaores que se celebraban a diario. Me volví a ver solo, joven y sentado en la vía del tren, escuchando flamenco en el gramófono de mi vecino de finca. Hice cuentas para calcular hasta dónde me llegaría el dinero: a diez mil pesetas la bola y a una bola por semana, el año me saldría por quinientas veinte mil pesetas; esto, multiplicado por los cuatro años y medio que, según el abogado, va a pasar Dieguito en la cárcel, el total me sale a dos millones y medio de pesetas mal contados. Justo los que tengo guardados. En fin, pensé, lo comido por lo servido.